

CAPÍTULO XXV

EL INVIERNO EN LA SIERRA—MINAS—PUEBLO NUEVO Y SU AMABLE
"PADRE"—UN BAILE EN MI HONOR—SANCTA SIMPLICITAS—
FATIGOSA EXCURSIÓN AL PUEBLO DE LAJAS Y ENTRE LOS TEPE-
HUANES DEL SUR—INO VIAJÉIS DE NOCHE!—CINCO DÍAS DEDICA-
DOS Á PERSUASIONES—RÉGIMEN DE LOS ANTIGUOS MISIONEROS—
CUIDADOSA EXCLUSIÓN DE LOS FORASTEROS—SE ENCARCELA Á
TODO EL QUE TRATA DE CASARSE—CASTIGO Á LOS ENAMORADOS—
MALOS EFECTOS DE LA SEVERIDAD DE LAS LEYES.

LA sierra, durante varios días de camino hacia el sur, continuó teniendo una altura de 9,000 pies, y sólo en ciertas estaciones está habitada por gentes que llevan su ganado á pastar. Aun dudo que haya nadie vivido allí permanentemente. Las extinguidas tribus á cuyo territorio pertenecía esa región, deben de haber habitado en los valles más bajos. La altiplanicie está llena de lomas, y aunque al principio es fácil caminar por ellas, vuélvese el terreno más y más accidentado conforme se acerca uno á la enorme y ancha barranca de Ventanas.

Después de pasar por varios días entre bosques callados, solitarios y fríos, interceptados de cuando en cuando por trechos cubiertos de nieve, causaba verdadero placer encontrar de repente, aunque sólo á principios de febrero, plantas en pleno florecimiento sobre la alta cresta que miraba hacia los ondulados bajíos de Sinaloa que se extendían velados por la bruma. El aire que asciende de la tierra caliente es el que produce tan notable cambio en la flora de las rápidas vertientes occidentales. Sentíase el ambiente impregnado de aroma, y era delicioso pasar por

aquellas altas cumbres bañadas de sol. Comenzaban á aparecer entre los pinos frondosos árboles, especialmente chopos, asoleándose al esplendor del astro del día. Vi también hermosos helechos que extendían sus graciosas hojas.

Algunas millas adelante y en sitio mucho más bajo, me detuve arriba del pueblo indio de San Pedro, que es, según pude corroborar, la parte oriental más distante á que se han extendido los aztecas del norte, llamados allí mexicanos ó *mexicaneros*. De ese lugar hacia el sur, los encontré mezclados con tepehuanes y coras, en los valles cálidos de la Sierra.

Hay un excelente camino que baja formando zigzags al mineral de Ventanas (nombre que se le ha dado por el aspecto que presenta la formación de una roca), pero se estrecha tanto en dos puntos, que los que van en direcciones opuestas no pueden cruzarse ni retroceder, lo cual es muy poco agradable por el abismo de 2,000 pies, cuando menos, que se abre á la orilla.

Hallábame ansioso de conseguir gente que quisiera volver á subir á la Sierra y acompañarme más al sur; pero todos temían el frío y no había quien conociera la región, á no ser el encargado de la oficina postal, que muy vagamente la conocía. Mazatlán se halla á no más de cien millas de distancia, y Durango á ciento veinticinco. Hay muchos paredones de pórfido, de diferentes épocas, pero no se encuentra en las cercanías pizarra ni granito, bien que un poco arriba del río hay alguno.

Entre los dueños de minas que viven en Ventanas, quedé sorprendido de encontrar un caballero sueco. Todos me recibieron hospitalariamente y aun me proporcionaron dos hombres que necesitaba muchísimo. Tuvimos que ascender sobre el otro lado de la barranca á una altura igual á la que habíamos alcanzado al norte de este lugar, y caminamos durante un día resistiendo la nieve y la lluvia.

Allí no se da el maíz. Hay un punto desde donde se alcanza á ver el Océano Pacífico. Bajamos de nuevo unos dos mil pies al pueblo de Chavarría, que es el único pueblo mexicano que he visto con casas techadas de tejamanil. Las paredes eran de adobe, pero me dijeron que la tierra no era á propósito para fabricar terrados.

Mientras me detuve allí, el 15 de febrero, pasó en la mañana una bandada de seis pitorreales gigantes. Dichas aves no se ven en ese número sino en la estación del celo. Se necesitan dos días para ir por la Sierra Madre á la villa mexicana de Pueblo Nuevo. El segundo, contemplé una hermosa vista al oriente y sudeste. El elevado pico, de forma cónica y muy ancho de base, es Cerro Gordo. Véanse en él manchones de nieve, la que llenaba también las quiebras por donde viajábamos.

Bajé por entre magníficos bosquecillos de cedros á Pueblo Nuevo, y acampé en la cima de una colina desde donde dominaba la población y el valle que la anida. Como cada casa está rodeada de un pequeño huerto de naranjos, aguacates y guayabos, forma el conjunto una masa de verdura de diferentes matices, bajo la que desaparecían las feas y desmedradas casuchas. Los limoneros crecen silvestres, por lo que no son objeto de comercio. El jugo de limón con leche se considera en muchas partes de México un buen remedio para la disentería.

Un joven sacerdote, que ejercía suprema, pero juiciosa autoridad en aquel separado lugar, me trató con muchas consideraciones. Tomaba honrado empeño en el desarrollo del pueblecillo. Me llevó á ver las cosas notables, comenzando por la iglesia, que procuraba embellecer de muchos modos, y luego me mostró la fuente que suple de agua al lugar y donde se reúnen las mujeres á lavar y charlar. Encontramos muchas graciosas muchachas con cántaros sobre el hombro, á la usanza antigua.

Para proporcionarme la oportunidad de ver á la gente,

les permitió el Señor Cura que fuesen á bailar frente á su casa. Su organista era un genio musical y compositor no menos hábil que tocaba no sólo himnos religiosos, sino también excelentes piezas en el órgano que el padre había llevado de Durango á lomo de mula.

El clima era delicioso, grande la fragancia de los azahares, y se experimentaba resistencia á dejar tan apacible sitio; pero pronto me hizo recordar que nada hay perfecto en el mundo, un ventarrón que arrebató una noche mi tienda de campaña, arrastrándola varias yardas y obligándome á dormir muy incómodo hasta que amaneció. El viento era tan fuerte que abatía los árboles.

Pueblo Nuevo estuvo habitado antiguamente por los aztecas. Sus actuales pobladores, aunque amables, son indolentes y perezosos, y hay un refrán que asegura que, en Durango, ni los burros trabajan. Érame, pues, bastante difícil encontrar guía, agravándose la dificultad con el hecho de que nadie parecía conocer el terreno en dirección á Lajas, el pueblo tepehuán á donde pretendía ir.

La sierra situada al sur de la región en que viven los tepehuanes no es frecuentada por la tribu que sostiene comunicación sólo por la parte oriental, principalmente con la ciudad de Durango, en donde realizan sus chiles y jitomates. Con todo, los pueblos tepehuanes pertenecen á la parroquia del cura, quien parecía ser el único que podía dar algunos informes precisos respecto del sur.

El camino que conduce al río de San Diego atraviesa un valle encantador, donde corren pintorescos arroyuelos, escurriéndose por los declives entre arboledas de vegetación semitropical. En una de las límpidas corrientes, estaban dos bonitas muchachas bañándose y lavando su ropa, según acostumbran los pobres de México, que rara vez poseen otras prendas que las que llevan puestas. Cuando aparecimos en escena, se deslizaron graciosamente á un hondable, no dejando fuera sino sus lindas caras,

semejantes á lirios que flotasen sobre el cristalino líquido, y así nos dirigieron un amistoso saludo con la cabeza.

No habríamos recorrido diez millas, cuando llegamos al río de San Diego que nace, según dicen, en la sierra, aparentemente al norte, y corre con dirección al sur. No era muy difícil pasarlo, pero en tiempo de lluvias debe de ser muy ancho. Su elevación en ese punto era como de 3,300 pies.

Allí comenzamos á ascender otra vez á la sierra. Aunque el primer día era muy bueno el camino, se necesitaban vencer grandes dificultades para trepar á la cima. Estábamos ansiando llegar ese mismo día, que era sábado, para alcanzar á los indios, que se reunían el domingo en el pueblo; por lo tanto, seguimos nuestro viaje después de oscurecer, por un camino mucho más largo de lo que me esperaba, á través de extensos pinares, cuya monotonía sólo una vez vi interrumpida por la aparición de un par de hermosos guacamayos.

Al salir la luna entramos en el "Espinazo del Coyote," como llaman los tepehuanes á una angosta cima, de seis á ocho varas de ancho con grandes abismos á uno y otro lado. Avanzamos por las faldas cubiertas de árboles y abundante yerba. ¡Qué magnífica vista debe de ser aquélla, á la luz del día, en región tan agreste! Hacia el sureste se podía distinguir con claridad una meseta inclinada entre los cerros; aun alcancé á ver algunas pequeñas casas en ella. Era Lajas. Parecía estar á sólo una legua, pero en realidad se hallaba á una distancia tres veces mayor.

Bajábamos en medio de encinos, cuando nos encontramos con que el camino descendía sobre roca volcánica por donde era enteramente impracticable que anduvieran las mulas. Evidentemente nos habíamos desviado, y mientras nosotros nos quedábamos cuidando las bestias, envié á un hombre á que buscara un buen camino, que por fortuna se encontró poco después. Lo peor de todo con-

sistió en que tuvimos que volver á los animales uno por uno por las orillas de un peligroso precipicio, siendo una maravilla que ninguno rodara al fondo. Sentí grande alegría cuando pudimos continuar nuestra marcha con seguridad.

Es desagradable viajar con mulas de carga durante la noche, aun habiendo luna como entonces, y más yendo sin guía y por camino desconocido. E viaje parece interminable. El temor de extraviarse, de que algo suceda á los animales ó que se caiga parte de la carga; la incertidumbre de encontrar buen sitio para campamento, y la ansiedad de que las bestias se enfermen, juntamente con el hambre y consiguiente malhumor que empieza á apoderarse de los criados y de uno, todo tiende á aconsejar á los caminantes que se detengan cuando el sol se halle todavía sobre el horizonte.

Otra consideración de viva importancia, no aplicable sin embargo á aquella parte de la región, es la posibilidad de despertar sospechas de que en la carga que transita de noche, se lleven tesoros.

Después de caminar sin interrupción por diez horas y media, llegamos sin nuevos contratiempos á Lajas á las 9.30 P.M., que, en aquella parte del mundo, se puede decir que es media noche. Uno de mis hombres que tenía el hábito de cantar no bien entraba en un pueblo, recibió la orden terminante de callarse para que la gente de aquel solitario lugar no se alarmase, como hubiera sucedido, con la repentina llegada de semejante comitiva.

Alumbraba la luna algunas casas esparcidas aquí y allí, hacia las que me adelanté con mi arriero principal. "Ave María" dijo Catalino, llamando á la puerta de un jacal. "Dios les dé buenas noches" continuó, pero no obtuvo respuesta. Después de hacer lo mismo frente á otras chozas, logramos al fin que nos contestaran y saber en donde vivía Crescencio Ruiz, para quien me había dado una carta de introducción el padre de Pueblo Nuevo, y

que era una especie de secretario ó escribano de los indios. Dirigímonos entonces á su casa, lo despertamos y lo hicimos salir á la puerta después de cambiar algunas palabras. Era el mestizo de pequeña estatura y aspecto bondadoso, se mostró muy amigable y me enseñó un lugar cerca de su casa donde podía detenerme. Como era muy conversador, no me recogí sino hasta muy entrada la noche.

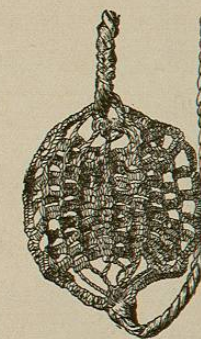
El nombre del pueblo es San Francisco de Lajas, debido á las muchas piedras de esa clase que abundan en las cercanías. Su nombre indio de "Eityam" tiene el mismo significado. El próximo día fueron á verme muchos indios con curiosidad y sin miedo. Iban vestidos como la gente de la clase trabajadora de México, á diferencia de que sus anchos sombreros de paja estaban ribeteados con cintas de lana negras y rojas, y algunos adornados con flores. Las mujeres llevaban hojas y flores en la cabeza é iban peinadas con dos trenzas al estilo de las mexicanas. Algunos de los hombres tenían recogido el cabello en una trenza, con una cinta en la extremidad; pero los más lo usaban corto. Me sorprendió ver muchos calvos, sin que tuviesen más de treinta años de edad. Indudablemente debe ser más saludable para el pelo usarlo largo.

Afortunadamente para mí, los indios habían bajado por una semana para reparar la vieja iglesia de adobe, obra en que mucho les ayudó Don Crescencio. Este hombre fue enviado hace nueve años al lugar, en calidad de maestro, por las autoridades mexicanas. Encontróse á su llegada en un viejo curato, con 140 niños, ninguno de los cuales había visto hasta entonces á ningún mexicano, y que por supuesto no entendían una palabra de castellano. Pronto fueron retirándose á sus casas, y cinco días después no le quedaba al preceptor ningún discípulo. Suplicó á los padres que volviesen á enviar á sus hijos y asistieron nuevamente cuarenta y ocho, de los que cinco permanecieron con él durante seis meses. Al cabo de ese tiempo, podían leer

y escribir su nombre. En los últimos años, sin embargo, ha tenido que cesar la enseñanza. El hecho es que los indios no quieren escuelas, "porque," según me dijo después un inteligente huichol, "nuestros hijos olvidan su lengua nativa y sus antiguas creencias. Cuando vienen á la escuela ya no quieren adorar al Sol ni á la Luna." La tendencia de los maestros de la raza blanca debe dirigirse á despertar el deseo de instrucción más bien que obligar á sus alumnos á que escuchen su enseñanza; no deben destruir el mundo mental de los indios, sino alumbrarlos y elevarlos á la esfera de la civilización.

Pero Don Crescencio se quedó entre los indios fungiendo de escribano, desempeñándoles su correspondencia con las autoridades y llegando, poco á poco, á ser el factótum y consejero de ellos, y como era un hombre honrado y recto, su influencia les fue realmente benéfica. Para aumentar sus mezquinos recursos, sostiene un pequeño comercio, yendo dos veces al año á surtirse en Durango, y tan útil á llegado á ser para los indios, que siempre envían con él algunos individuos encargados de acompañarlo y de que no lo dejen quedarse con los "vecinos." Ha aprendido la lengua de los indígenas bastante bien, y su importancia ha llegado á tal punto, que todas las mañanas, según yo mismo vi, lo visita el gobernador y le pregunta su parecer á cada momento.

Los indios no cesaron de estarme visitando á todas horas, en compañía de sus mujeres é hijos, sentándose sin recelo en frente de mi puerta ó fuera de mi tienda de campaña. Habiéndoles manifestado deseos de ver y comprar algunos artículos fabricados por ellos, estuvieron llevándome, durante mi corte permanencia en aquel lugar, fajas y cintas de lana ó de algodón, así como gran variedad de



Honda tepehúana de fibra de maguey. Ancho, 10 cm.

bolsas de diversos tamaños, tejidas con torzales hechos de fibra de maguey.

Se funda aquella gente, para sus transacciones comerciales en base del todo diferente de la de los "vecinos," en cuanto á que cada cosa tiene su precio fijo. No hay,



Bolsa tepehuana de fibra de maguey.
Ancho, como 16 cm.

pues, que regatear con ellos: una vez que han dicho el valor en que estiman una cosa (y siempre lo fijan alto) se aferran á él, y como no les importa el dinero dificultan bastante el comercio. En las excursiones que hice, los encontré hospitalarios, pues siempre me invitaban con grandes atenciones á que entrase á sentarme.

Lo único que para ellos era motivo de seria oposición y aun de extraordinario miedo, era mi cámara, y para inducirlos á ponerse frente á ella tuvimos Don Crescencio y yo que unir nuestros esfuerzos durante cinco días.

Cuando consintieron en hacerlo, parecían reos próximos á ser ejecutados. Creían que fotografiándolos, podría llevarme sus almas para comérmelas después, á mi sabor, si lo quería; que morirían al punto como sus retratos llegasen á mi país, ó que les sobrevendría, cuando menos, algún

mal. Las mujeres desaparecieron como codornices asustadas cuando me disponía á practicar aquella terrible operación con los hombres; pero volvieron á poco para ver como habían salido sus maridos de la difícil prueba. Cuando pedí que se pusieran algunas, volvieron á correr, á pesar de las reprensiones de los hombres, y sólo tres hembras robustas de "grande alma" consintieron en que las "tomaran," después de que el miedo las hubo "sacudido" lo bastante.

Los tepehuanes no se sienten á gusto sino en sus ranchos. Desmontan la tierra de las numerosas cañadas que forman su escabrosa región, y siembran maíz en sitios donde nunca hubiera podido servir el arado.

Tienen siempre el grano suficiente para sus necesidades. Sus trojes son una especie de jaulas cuadradas de varillas sujetas con mimbres en una armazón de zoquetes de pino. Á veces están á considerable distancia de las habitaciones. El piso se levanta como un pie arriba del suelo, y la entrada se pone por el techo. Pueden verse muy bien, entre las varillas, las mazorcas, las cuales se sacan en marzo para desgranarse, y se guarda entonces el maíz en costales que vuelven á encerrarse en la troje.

Los tepehuanes hacen pulque, pero no tesgüino, y cultivan en muy pequeña escala el algodón. Con fibra de maguey y otras plantas, fabrican sacos y cuerdas de excelente calidad para su uso y para venderlos en Durango, á donde llevan también toda la fruta que no consumen.

Su única diversión es beber mezcal y pulque. No acostumbran ningunos juegos, y les está prohibido apostar dinero ó cosa alguna de valor en los de sus "vecinos."

Es curioso que la enfermedad más común allí sea la malaria, á veces con fatales consecuencias. Lo primero que hace en la mañana un tepehuán, es lavarse la cabeza, la cara y las manos con agua fría, dejándoselas secar por sí solas. En seguida, se van á su trabajo escurriendo agua.